

ralmente se hallaban en el porche espacioso de la casa; la casa se levantaba en una callejita solitaria y silenciosa. El tejedor parecía una arañita agazapada detrás de su tela; en el silencio de la casa y de la calle, el traqueteo del telar resonaba rítmicamente. Se estaba tejiendo una gruesa saya de colores, o uno de esos mandiles que se ponen todavía sobre los panes para llevarlos al horno desde casa, en los pueblos en que aún existen hornos públicos. El horno público, como el lavadero, como la solana, era una institución en el pueblo. Se hablaba en él a gritos; todas las historias íntimas de la ciudad eran allí referidas con toda clase de pormenores; sonaban las palabras castizamente. Estar escuchando los diálogos tan pintorescos y expresivos que se mantenían en el horno era como leer unas páginas de la tragicomedia de Calixto y Melibea. Pero nos estamos entreteniendo con la charla; nos espera el telar; tejéremos hoy un poco y volveremos mañana. El tejido que vamos a labrar será de lana de distintos colores; las franjas verdes irán entremezcladas con las rojas y las azules. Después pondremos el repostero encima de una mesa y nos estaremos recreando con nuestra obra. El sol, que entrará por la puerta, pondrá un vívido y esplendente rayo sobre lo verde, lo azul y lo rojo. ¿Habrá alguna página, de todas las que escribimos, que pueda superar a este bello tejido? Y este tejido, y esta silla, y estas trébedes, ¿no serán el equivalente de un artículo, de un poema, de un capítulo de novela, de un ensayo?

Amemos a los obreros manuales. Que los obreros manuales de todo el mundo sean la verdadera patria de elección de cuantos manejamos la pluma. Más cerca estamos los escritores de un herrero, de un ebanista, de un tejedor, que de un ministro, de un general, de un banquero, de un magistrado, de un embajador, de un obispo. Cuando los escritores publicamos convocatorias para actos literarios o damos a la publicidad documentos de diversa índole, ¡qué bien estaría que, entre los nombres de poetas, noveladores, ensayistas, figuraran los de algunos de estos hermanos nuestros! El nombre de un herrero, de un albañil, de un tipógrafo, de un carpintero, de un tejedor. El pensamiento no se puede limitar; va desde el poema o el ensayo que estamos escribiendo hasta la ligera y elegante silla que acabamos de construir. Esos hombres de la madera, del hierro, de la lana, de la piedra, trabajan durante toda su vida; durante toda la vida trabajamos nosotros. Ellos no pueden permitirse el lujo—que es el supremo lujo—de estar enfermos; nosotros no podemos permitirnoslo tampoco. Un ebanista pone todo su cuidado, todo su fervor, en hacer de un modo fino la silla que nosotros hemos hecho; nosotros ponemos todo nuestro fervor en escribir una página artística. Hay formas insuperables en el arte; por mucho que nos esforcemos, no podremos nunca llegar a imaginar una forma superior, más perfecta, más artística, que la de estas trébedes tan humildes, o la de este cántaro, que viene haciéndose así durante siglos y siglos en los alfares, o la de esta silla tan pobre y tan simpática. Por mucho que nos esfor-

cemos, no podremos imaginar tampoco una prosa superior a la de esa prosa tan sencilla, tan clara, la de quien sabe escribirla en que una cosa—nada más fácil—va colocada después de otra.

En 1854 D. Francisco Pi y Margall publicaba su libro *La reacción y la revolución*. Este libro es a Pi lo que *El porvenir de la ciencia* es a Ernesto Renán: un almacén de todo, un enquiridión de todas las ciencias sociales. Hay en el libro de Pi filosofía de la Historia, filosofía del Derecho, Derecho político, psicología social. Todo lo mejor del maestro está ya en estas páginas tan generosas y tan libres. Y naturalmente, el autor no podía menos de abordar el tema de las relaciones entre los intelectuales y los obreros. El pensamiento es uno—hemos dicho—: va desde el poema hasta la obra del trabajador manual. No establezcamos privilegios a favor de los intelectuales cuando hablemos de los obreros. Esos privilegios serían injustos. «El talento—escribe Pi—no es más que la especialidad de nuestras facultades. Si existe una función social que exija mi especialidad, y yo la ejerzo, en nada puedo ser acreedor a más que el proletario, cuya capacidad limitada basta para llenar una función tan social como la mía. Mi talento no es creación mía, no depende de mi voluntad que le tenga y no le tenga; no hay compás para medirle. ¿Cómo ha de dar motivo a diversidad de retribución ni a privilegios? ¿Dónde está aquí la justicia? ¿Dónde los elementos de orden?» Y más adelante, al tratar de las diferencias establecidas en las capacidades para las funciones polí-

ticas: «¡Insensatos! Como si la independencia y la capacidad fuesen hoy susceptibles de medida; como si muchas artes mecánicas no exigiesen la aplicación de un mayor número de facultades intelectuales que esas profesiones que habéis llamado sabias; como si hubieseis resuelto ya el problema de la equivalencia entre talentos y funciones, y pudieseis decir: Desde esta clase arriba gozan los hombres de inteligencia para apreciar el valor político de sus semejantes; como si no supierais que el juicio es independiente de esa misma especialidad individual a que damos el nombre de talento.» Y para acabar, hablando de la libertad de expresión, que intelectuales y obreros debemos defender a toda costa, como condición ineludible de la civilización universal: «La imprenta, reclamo ahora toda vuestra atención, es uno de los medios de comunicar el pensamiento. Ahora bien, por el pensamiento vive el hombre, por el pensamiento se desarrollan a la vez él y su raza. Un pensamiento precede a cada acto de su voluntad; y el trabajo, aún el más material, no es sino la aplicación del mismo pensamiento. Si os oponéis, pues, a su libre emisión, os oponéis también al desenvolvimiento de la especie, os oponéis a la marcha progresiva del trabajo». Del trabajo, que es fruto de la iniciativa individual; del trabajo, sea el de construir una silla o el de imaginar un poema, que requiere necesaria e indefectiblemente la plena libertad de pensamiento. Y en el ejercicio de esa libertad fecunda somos hermanos los que trabajan la materia y los que escribimos.

A z o r í n

## Eurípides

—Introducción al volumen que contiene las admirables versiones en verso inglés que hizo Sir Gilbert Murray del *Hipólito* y de *Las bacantes* de Eurípides y de *Las ranas* de Aristófanes. Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para *Repertorio Americano*—

y 5.—Véanse las entregas 7, 8, 9, 10 y 11.

¿No podrían los hombres sabios de Atenas comprender lo que un niño siente, lo que una fiera siente, lo que el poeta siente, que vivir—vivir y gozar de la Naturaleza, de la Aurora, de la Puesta del Sol, de los eternos misterios y descubrimientos y maravillas del mundo—es en sí una gran dicha? «Ama al día, ama la noche», dice Eurípides en otro coro. Sólo así se puede hacer la vida lo que efectivamente es: Júbilo. Y no sólo hay que amar al prójimo—elemento tan vívido en la vida que, a menos que lo amemos, lo demás se nos echará a perder!—sino hay que amar todos los detalles de la vida y las maneras de vivir. La vida entonces se vuelve como el viaje de Dionysos por mares mágicos, o, mejor, como el viaje, más variado aún, de los enamorados en el poema de Shelley:

Mientras la Noche  
en pos del Día, y tras toda Tormenta  
siempre la Calma, van en vuelo eterno,—  
nuestros ministros sobre el mar ilímite  
que ávidos por servirnos, se atropellan,—

de suerte que las vicisitudes y los dolores no son sino sirvientes del todo jubiloso.

Parecíale a Eurípides,—en esa metáfora favorita suya, que siempre ha sido algo más que metáfora,—que un Dios había sido negado y desechado por el mundo del que había surgido. Aquellos hombres consumidos por muchas luchas, llenos de sospecha, llenos de ambición y de orgullo intelectual, casi desnudos de todo sentimiento, a menos que llamemos emoción a los odios que aviva la política, recorrían la Vida aprisa en presencia de cosas augustas en las que nunca fijaban ojos de atención, y en medio de alegría y de belleza con las que se negaban a soñar. Por eso, para él, «los mundanamente sabios no son sabios» (v. 395). El poeta, en cambio, puede tener su Paraíso especial, lejos de los lugares frecuentados por los hombres ordinarios, lugar más dulce que la dulzura de Chipre o de Pafos:

El alto valle donde sus moradas  
tienen las Musas,—  
ellas de cuanto hay bello lo más bello—